

Estimados:

Para no volvernos más locos de lo que ya estamos, no haré uso del lenguaje inclusivo en esta misiva, cuya finalidad debiera ser -no lo será- exponer una suerte de programa electoral, es decir, prometer aquello que ignoro si podré cumplir -querer no es siempre poder- y descalificar a quienes están, a quienes quieren seguir estando y a quienes aspiran a ocupar el sitio de los primeros, para mañana estar en el de los segundos.

Por fortuna, y podéis dar gracias a los dioses por eso, ni yo me dedico a la política, ni vosotros, mis compañeros, sois electores ideologizados.

Vuestro interés, y el mío, es mejorar el funcionamiento de nuestro Colegio profesional.

Así pues, ni propaganda electoral, ni descalificaciones.

Quiero suponer que los dos o tres compañeros lectores de este “no panfleto”, estarán pensando, y con razón, a dónde aspiro a llegar.

Quizás pueda aclarar la duda con un “sucedido”.

El mismo día de la proclamación de candidaturas me encontré -más bien él me encontró a mí- con un compañero, no ciertamente desafecto a la actual Junta, quien me dijo:

*- Pepe “para qué te presentas, no vas a salir.”*

A tamaña obviedad contesté con otra igual.

*- Lo sé.*

A los ojos de la mayoría de los mortales no es entendible optar al cargo de Decano, cuando es evidente la inviabilidad de la pretensión.

Sin embargo, y esa es mi personal creencia, uno está obligado a ejercer su derecho a elegir, pero también a ser elegido, pues si hacemos dejación de esos derechos, cada vez seremos más masa y menos individuos.

Resulta, además, que el Decano, en definición del Diccionario de la RAE, es el más viejo de la comunidad, y yo, tras cuarenta y dos años de ejercicio profesional, reúno las dos condiciones (viejo y de la comunidad desde Marzo de 1981).

Quien ejercita sus derechos y cumple con las obligaciones inherentes al papel que le toca interpretar en esta farsa -a veces comedia a veces tragedia- no necesita otras razones para justificar cuanto hace.

El más viejo de la comunidad puede, por su condición, permitirse el lujo de jugar para perder. Hace tiempo aprendí a tratar al triunfo y a la derrota como dos grandes impostores, tal y como nos enseñó Rudyard Kipling.

Manifestado mi por qué, intento explicar el para qué.

Antes de entrar en disquisiciones quiero dejar claro y patente que no comparto algunas de las críticas a quienes sirvieron, y sirven, al Colegio, desde sus cargos de Decano o Junteros.

A lo largo de los años he tenido y tengo la fortuna, y el honor, de disfrutar de la amistad de un buen número de integrantes de las distintas Juntas, constituidas en estos más de cuarenta años de ejercicio profesional.

Puedo dar fe que todos mis amigos y compañeros dejaron salud, dinero y amor -en este último caso es verdad que lo perdieron, pero luego lo encontraron (aunque eso es otra historia)- en el desempeño de sus cargos colegiales.

Tampoco me parece acertado comparar la actual vida colegial con Sodoma y Gomorra en sus mejores días. ¡Qué más quisiéramos!.

Me temo que estamos muy lejos de tanta diversión.

A mi juicio, posiblemente equivocado, la vida colegial es hoy, y en cuanto a su actividad, un combinado (shaken not stirred) de la Academia de D. César Belandia; de la “Asociación de Conferenciantes en Esperanto” (donde uno siempre espera coincidir con Ethel, la preciosa hermana de Guillermo Brown) y de Marina d’Or Ciudad de Vacaciones, servido por alegres propietarios de un próspero negocio de pompas fúnebres, terriblemente asustados por perder el favor de quienes les auparon a su actual posición.

Innecesario será decir que, con tan alegre Dirección, el Colegio avanza con paso firme, seguro y decidido hacia su muerte por inanición, tan natural hoy, como inducida ayer. (Al poder político cualquier manifestación de la sociedad civil, le produce graves y dolorosos sarpullidos).

Vosotros, mis compañeros, y yo mismo, sois, somos, víctimas de la melancolía.

Causan nuestro mal los años de oscurantismo, de preguntas sin respuestas, del más absoluto desconocimiento del funcionamiento colegial, del absurdo juego a que yo te pregunto y tú no me contestas, del hermetismo de nuestros empleados (que supongo por obediencia debida), y del difícil -por no decir, imposible- acceso a nuestro (su, de ellos) Gerente, a quien deseo una pronta jubilosa jubilación.

Alguien dijo que el conocimiento es el poder, y el “poder”, que cuanto menos sepa el administrado, mejor.

Quizás, siguiendo esa máxima, los colegiados ignoramos el cuándo, el cómo, el por qué, el dónde, el quién y el por quién, de la mayoría de las decisiones tomadas por aquellos que dirigen el entramado colegial.

Mientras persista el desconocimiento, seguirá la falta de interés por la administración de la cosa común, y el escaso deseo de participar en la vida de nuestro Colegio.

A mi entender, la primera providencia para cambiar el presente estado de las cosas pasa por una mayor participación del colectivo en el funcionamiento y administración de nuestro Órgano de Gobierno, y el comienzo debe estar en una mayor participación en las presentes elecciones, donde los más jóvenes integrantes de esta comunidad no solo tienen el derecho a participar, sino también la obligación de hacerlo, pues de ellos es el futuro de la institución.

Si de forma masiva se vota por el cambio, magnífico. Si quieren los votantes continuidad, igualmente espléndido.

Pienso que, al final, todos deseamos lo mismo:

- IGUALDAD. Quien quiera que sea el colegiado que acuda a la Junta, debe ser tratado, y atendido, de igual forma y manera. Al amigo y al enemigo desafecto o desleal, hay que aplicarle la Ley (nuestros Estatutos), y no el Reglamento, según el viejo aforismo: “*al amigo la Ley, al enemigo el Reglamento*”.

- DEFENSA DE LOS INTERESES COMUNES Y DE CADA COLEGIADO. El Colegio está obligado a defender a todos y cada uno de sus miembros, y debemos terminar con la mala práctica de que cualquier denuncia de terceros tenga mayor virtualidad que las alegaciones de nuestros compañeros. Soy partidario de establecer una presunción de veracidad de quienes integramos el colectivo, casi como si fuéramos inocentes hasta que se demuestre lo contrario. No es admisible que el Colegio, incluso en situaciones donde han intervenido los Tribunales, sea quien ponga el último clavo en el ataúd del condenado, máxime cuando ese trato no siempre fue igual con los afectos, los desafectos y los neutros.

- INDEPENDENCIA. De los poderes públicos y de los intereses privados para poder negociar de tú a tú con los primeros, y para evitar que los segundos impongan decisiones injustas, arbitrarias e incluso contrarias a los Estatutos, simple y llanamente para que “dejen de dar la lata”. Hay ejemplos.

- TRANSPARENCIA. El edificio Colegial, físico y mental, debe los paramentos de cristal, de tal manera que siempre, y en todo caso, los colegiados podamos saber quién hace las cosas, por qué, para quién y si se respetan, o no, los procedimientos establecidos para la toma de decisiones de toda índole afectantes a los integrantes de la comunidad.

Los objetivos que persigo son de todo el colectivo y serán de imposible alcance si mantenemos la actual indiferencia, silenciosa e indulgente, que nos ha llevado a donde ahora estamos.

La solución -al menos el principio de la misma-, está en conseguir la mayor participación en este proceso para elegir Junteros y Decano.

Acabo como empecé.

Creo que somos unos cinco mil juristas. Con nuestras diferencias de toda índole hay un nexo de unión que nos permite reconocernos como compañeros, es por eso que os pido digáis adiós a quienes estuvieron, y ya no están, en la Junta, por dejar sus cargos, con agradecimiento, cariño, afecto, comprensión para sus errores -alguno habrán cometido-, pero, sobre todo, con una gran alegría que, además, creo debemos hacer extensiva a la mal llamada, en mi consideración, “Plataforma continuista”, pues en realidad son los mismos que ya conocemos con un ligero “facelift”, de soltero un lavado de imagen.

El mundo se derrumba (se va al carajo, Yolanda dixit) y nosotros nos enamoramos ahora de nuestra profesión como Bianca, el ruiseñor de Milán, de Archibald, el viejo lobo de mar.

Así pues, avivad el seso, despertad, ir a votar, y que sea lo que los colegiados quieran.

Tened cuidado ahí fuera, y no olvidéis lo que nos decía Coturnix coturnix en su versión de papel: la audacia del texto está siempre relacionada con la inteligencia del lector.

*“Always look on the bright side of life, always look on the light side of life, always look on the right side of life...”*

En la Villa de Bilbao, a veinticuatro de noviembre de dos mil veintitrés.